

Trip trip trip y la tribu del eterno desencanto

Siempre es saludable perder sangre

RAFAEL CHAPARRO MADIEDO
Tropo Editores, Zaragoza, 2015, 143 pp.

NO PUEDO evitar dar inicio a esta nota con algo de humor, el mismo de J. S. de Montfort al anotar, no sé si sarcásticamente o de modo sospechosamente solemne, que Chaparro Madiedo es el Joyce de nuestro malhadado trópico. Y quizá sea esta la característica fundamental del endiosamiento que caracterizó la obra del escritor bogotano, no sabe uno si tomarse en serio dicho comentario —que por cierto adorna la contracarátula de este libro— o simplemente entenderlo como una construcción performática que quisiera de nuevo rivalizar con la literatura “oficial”: Chaparro Madiedo es, por el contrario, un antinovelista y narrador que se encontró de frente con la escritura para series de televisión y que, siendo un eterno adolescente punk, aprovechó el anuncio de su enfermedad terminal, el lupus, para delinear en su carrera contra el tiempo una obra brevísima y vertiginosa: *Opio en las nubes*, famosa novela de estridencia capitalina y música de los Sex Pistols, con la que se hizo póstumamente famoso —la publicó poco antes de morir—; *El pájaro Speed y su banda de corazones maleantes*, otra novela un poco más experimental publicada en 2012 por Tropo editores de España; un par de libros con sus escritos periodísticos, recogidos también hace pocos años, y este libro de cuentos suburbanos, *Siempre es saludable perder sangre*.

Se trata de cuentos que revelan una vez más los clichés fundamentales en la novela nodriza del autor: allí siempre es de noche, permeamos entre callejas y escondrijos de una ciudad underground, outsider, que toma el nombre de una metrópolis decadente cualquiera —esto no podría ocurrir en Neiva o en Titiribí—. De simulacros urbanos que sirven como atomizados de un eterno desestructuramiento espacial, aunado a la idea constante de estar asistiendo a un lento pero con-

turbado suicidio. Aun cuando postales comunes como la catedral de Notre Dame o el cementerio de Père-Lachaise aparezcan edulcorando el paisaje, subyace a las cartografías un eterno enturbiamiento en el que Chaparro recurre a todo su staff, y se trata de otra película de zombies: ebrios, drogadictos, animales antropomorfizados; personajes abandonados en medio del mapa de una urbe punk junto al monótono juego que quiere desestabilizar el discurso literario dominante, solo por convertir la sintaxis en un montón de abluciones nocturnas y gritos desde el acantilado, aquí desde el poema escueto o el monólogo, hilarante cadena de arengas a ratos inconexas, a ratos estragadas por jeringas y *ruedas*, a ratos sublimadas por repentinos asomos de cordura en medio de un bajonazo de mezcalina y opioides. Por lo general, nos asomamos a un sueño etílico en el que las historias personales fluyen a través de esos escenarios intercambiables, donde se tejen historias policiales, se permanece en ese “mundo según Chaparro Madiedo” en el que fácil es ir de una calle parisina a una alcantarilla londinense en apenas tres o cuatro líneas, visitar parques inexistentes con nombres de músicos famosos y entrever en el relato la secreta intención de hablar sin que una lógica determine nuestros pasos:

Me mataste. Eso es lo único que sé. También sé que estoy en el cielo. Por fortuna. Llevaba diez minutos de muerta y me pediste un cigarrillo. Yo busqué en mi cartera y te ofrecí uno de mis mentolados. Lo encendiste y te fuiste al balcón y lo fumaste en silencio mientras los fognazos silenciosos del cigarro te iluminaban los ángulos del rostro. Afuera llovía. (p. 45)

Este cuento, “Las cuatrocientas espadas del brandy”, muestra varios de esos elementos atrás anotados: la ambigüedad espacio-temporal; el guiño a la novela de detectives, a los paneos cinematográficos, y algo como un flujo de conciencia que hace que los personajes hablen consigo mismos o lancen su voz al aire hablando en segunda persona con los muertos, ¿o con el lector? Así, el interlocutor vaga “sin sentido por la ciudad”. Se fuma “un hash en el parquecito” mientras

mira alrededor hipnotizado por el gris mohoso de la ciudad reinventada “entre las nubes alucinógenas de las cinco de la tarde, esas nubes negras que olían a heroína con orines” (p. 46). Al final, una página después, ya no es París sino Londres; atrás de la escena, en todo caso, nada parece haber cambiado, es el mismo gris y las mismas luces de neón y las mismas palomas y la misma e irresoluta sensación de que sus personajes vagan por ahí viendo pasar los días mientras se fuman hasta los dedos.

Más allá de querer pelear con el lenguaje y los formalismos estéticos, los personajes de Chaparro Madiedo son los encargados de tomar la palabra para vivir perorando y masticando las palabras mientras se evaden de la realidad. Entonces les da por escribir poemas: “Era un viernes infectado por la malaria del invierno, un viernes corroído, un viernes oxidado como una vieja lata de cerveza tirada en un rincón de la semana triste...” (p. 105). Todos y cada uno de estos muertos vivientes no paran de hacerse preguntas trascendentales, de cuestionarse una y otra vez mientras los paraísos artificiales van edulcorando el tono de su eterno hablar en voz alta. Se trata de una secta con olor y música propios como la de *Opio en las nubes*, y con la que muchos pasamos a rastras por una época de la vida, despojados, casi kamikazes, probándolo todo, fumándolo todo; lo que según la narrativa de Chaparro significaba ser un joven en los años ochenta y noventa, sobre todo de este lado del charco y en una ciudad como Bogotá.

Escenarios de una nueva caída, París y Londres son en el fondo, la misma Bogotá de pesadilla de un joven atiborrado de hormonas y vodka barato. Se trata, por lo demás, de cuentos escritos como si fueran la continuación de un todo, una eterna novela distópica en la que sin embargo no ocurre nada ni corre el aire. Así como *Opio en las nubes* no deja de ser una novela de juventud con la que un lector mayor no haría tan buenas migas como uno que viviera en una eterna adolescencia, hurgando entre vademécums o aparadores de licorería, y vistiendo como un visitante del pasado, un bogotano de los años noventa sentado en un parque de Chapinero viendo pasar los días sin más:

CUENTO		RESEÑAS
<p>Siempre es saludable perder sangre. Es saludable sentirse débil bajo el cielo azul, es saludable sentirse enfermo bajo el viento limpio de la mañana. Es saludable que una bala te rompa una arteria importante en una noche de lluvia a la salida de un bar. Saludable, muy saludable. Nunca he creído en la salud porque el cuerpo siempre está desequilibrado. (p. 127)</p> <p>Como sucede con la suma del libro, este cuento, “Los caballos rojos del amanecer”, va de la hilaridad de un mal viaje de ácidos a la salutación esquizoide de la ciudad como espacio de confrontación de esos mil y un fantasmas que persiguen a Chaparro y a su banda de maleantes. Desocupados transeúntes detenidos en los cines y los parques, rumiando su propia imposibilidad de hacer algo útil con sus vidas, dejando fluir la sangre por sus venas mientras el mundo corre a pesar de ellos. Entonces se trata de revisar individualismos rasgados que viven de puertas para dentro sin saber qué pitos ocurre a su alrededor, sea en Katmandú o Titiribí.</p> <p>La constante evocación de un mundo, para ellos perdido, demuestra a lo largo de estos trece relatos el vacío existencial que atraviesa tangencialmente incluso la idea de un libro como este y de un estilo como el de Chaparro Madiedo. Se trata de enunciar, una vez más, el desarraigo en las grandes capitales, ese quehacer sin nombre que significa pararse a contemplar cómo se viene abajo el mundo mientras una canción de Iggy Pop habla de rebeldía o desacato. Los personajes hilan su propio relato pero jamás llegan a finales contundentes, siguen nadando en el éter, suspendidos en esa nebulosa de calmantes y whisky, tal vez ya anestesiados del todo por el desencanto:</p> <p>No ha quedado casi nada. Hay un árbol que flota en el vacío, junto a mí. El árbol creo que se llama Sam. Era un árbol del parque Giordano Bruno. También ha quedado un viejo cine en medio de la nada donde se proyecta <i>El acorazado Potemkin</i> desde que todo quedó en la nada. (p. 134)</p> <p>Luego agrega: “Vivimos en la escena final de una película que se</p>	<p>proyecta en un viejo teatro que queda en la mitad de la nada”. De esa nada manifiesta y atmosférica nos queda apenas la idea de una intensa lluvia (hay lluvia en casi todos los cuentos del libro). Quedan la resaca latente de muchos y la muerte que siempre está allí, rondando los trece cuentos de <i>Siempre es saludable perder sangre</i>, “sentada en el sillón”, a la espera; quizá a la vuelta de cualquier bar con el nombre de Kurt Cobain, Mahler o Beethoven; frente a un cine porno que proyecta <i>Candy en el Caribe</i>, mirando pasar el metro por las vías, asustando un poco la depresión con más y más licor y pastillas.</p> <p style="text-align: center;">Carlos Andrés Almeyda Gómez</p>	